

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



erein

LA CALLE
DE LA JUDERÍA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Noviembre 2021

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar
Maquetación: Erein

© Toti Martínez de Lezea
© EREIN. Donostia 2021
ISBN: 978-84-9109-756-3
D.L.: D 1322 - 2021

EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300
e-mail: erein@erein.eu
www.erein.eu    

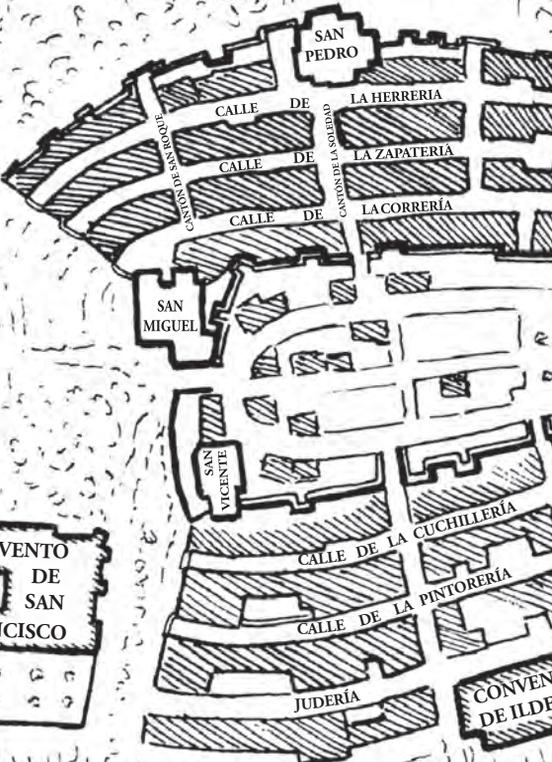
Imprime: Gertu inprimategia
Zubillaga industrialdea, 9
20560 Oñati, Gipuzkoa
T 943 783 309
e-mail: gertu@gertu.net
www.gertu.net

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

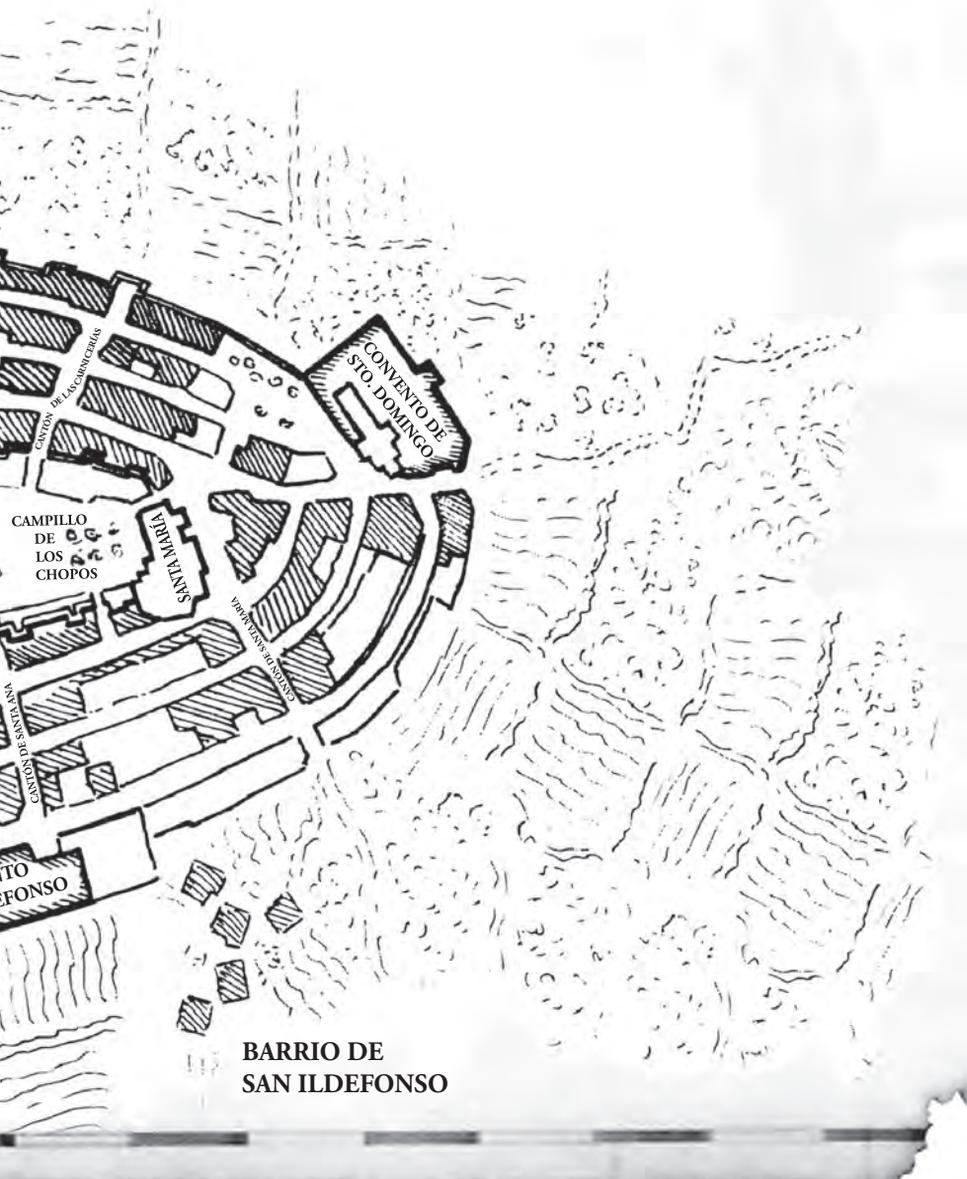
LA CALLE
DE LA JUDERÍA



**BARRIO DE LA
MAGDALENA**



VITORIA SIGLO XV



**BARRIO DE
SAN ILDEFONSO**

Principales personajes de la novela

DAVID SAHADIA

Yehudá, luego fray Anselmo, hermano
Ruma, hermana
Sarai, primera mujer
Jonás, hijo
Yosef, luego Pedro, hijo
Miriam, segunda mujer
Mosseh, hijo

PEDRO SÁNCHEZ DE BILBAO, antes Yosef

María Sánchez de Oqueruri, primera
mujer
Catalina, hija
María, hija
María Ruiz de Gaona, segunda mujer
Juan *el Rico*, hijo
Pedro *el Mozo*, hijo Teresa, hija
María Bigarrena, hija

JONÁS ben DAVID SAHADIA

Ana Tello, mujer
Ismael, hijo

JUAN SÁNCHEZ DE BILBAO, hijo

Inesa, mujer
Juan, hijo
Catalina/Orosabel, amante

ISMAEL, luego Luis de Castresana

Hera, luego Juana, mujer
Sara, luego Isabel, hija
Ezequiel, luego Alonso, hijo

PEDRO SÁNCHEZ DE BILBAO, hijo

Juana de Maturana, mujer
Pedro, hijo
Deborah, amante
Tobías, hijo

MARTÍN MARTÍNEZ DE ESCORIAZA

Isabel de Esquíbel, mujer
Martín *el Mozo*, hijo

Otros personajes

Juan López de Mendoza, amigo de Yehudá y mecenas de Pedro Sánchez de Bilbao
Louis de Tournay, médico, amigo de Pedro Sánchez de Bilbao
Antonio de Tournay, médico, hijo del anterior, amigo de Juan *el Rico*
Sancho Alba, administrador de Juan *el Rico*
Pedro Calleja, amigo de Juan *el Rico*

Primera Parte

Invierno de 1404

El hombre caminaba deprisa en plena noche mirando con recelo a derecha e izquierda, su sombra reflejada en los muros de las casas cual un fantasma. De mediana edad, alto, delgado, de facciones armoniosas, algunos cabellos blancos asomando en sienes y barba, una capa amplia y oscura sobre sus hombros, la cabeza cubierta por un sombrero ancho rodeado de una larga bufanda envuelta alrededor de su cuello, podía apreciarse por su aspecto e incluso por sus andares que era hombre de posición holgada. Había dejado su caballo y equipaje en las caballerizas del Camino de Navarra, a las puertas de la muralla, no quería llamar la atención; el ruido de los cascos sobre el empedrado haría asomarse a más de un vecino curioso y era mejor pasar totalmente inadvertido. Su rostro mostró alivio al penetrar al el portal y contemplar un letrero iluminado por la parpadeante luz de un candil: «Calle de la Judería»; aminoró la marcha y se entretuvo un instante para colocarse bien la bufanda y sacudirse el polvo. Unos pasos más adelante se detuvo ante una hermosa casa de dos plantas rodeada por un pequeño muro y llamó a la puerta tras posar su mano sobre la *mezuzá* de la jamba. No tuvo que esperar demasiado, instantes después le abrió una mujer cuyo recelo se tornó en amplia sonrisa al reconocer al visitante, y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—¡Yehudá!

—*Shalom*, Ruma, la paz sea contigo.

—Y contigo... —respondió ella.

Se abrazaron durante largo rato sin decir palabra y, después, la mujer se hizo a un lado para permitirle la entrada.

—¿Está David en casa? —preguntó el recién llegado al tiempo que se quitaba capa y sombrero.

—¿Dónde iba a estar a estas horas? —respondió ella cogiendo las prendas.

—Ocupándose de uno de sus innumerables enfermos...

—¡Ni el mismo rey podría hoy sacarlo de casa! Sarai está en plena labor...

—¿Ya? ¿No debía nacer el mes que viene?

—Así era, pero se ha adelantado y... —añadió ella bajando la voz— parece ser que hay complicaciones. Sarai nunca ha sido demasiado fuerte.

Al entrar en la cocina, Yehudá se aproximó al hogar, en el que ardía un montón de leños, y se frotó las manos entumecidas por el frío mientras Ruma se aprestaba a calentar un poco de caldo. Un niño de unos tres años dormía profundamente en una pequeña cama al lado de la chimenea; él se inclinó y le acarició el cabello revuelto y sudoroso. La criatura se removió inquieta, pero no abrió los ojos.

—Este tiene que ser... —dijo.

—Nuestro sobrino Jonás —la mujer acabó la frase acercándose con una sonrisa y le tendió un tazón de caldo.

—Es hermoso.

—Sí que lo es. Se parece a su madre y es un niño listo y cariñoso. La alegría de la casa —concluyó con orgullo casi maternal.

Miró a su hermana con ternura, el tiempo no transcurría en balde. También a ella se le apreciaban cabellos blancos en la que había sido una de las cabelleras más admiradas de la *kahala*, ahora recogida en un moño, y había adquirido la silueta de una matrona. Algo mayor que él, siempre habían estado muy unidos, y todavía recordaba la fiesta de sus esponsales y su rostro iluminado de felicidad al lado de su querido Eleazar. Nada

presagiaba entonces que, años más tarde, iban ya para trece, él muriera asesinado en el asalto a la comunidad de Toledo. Dios dispuso que se encontrara en aquella ciudad por motivos de negocios en el momento en que hordas de cristianos furiosos entraron a saco en la judería y mataron a cientos de los suyos. El recuerdo de aquel horror aún le ponía los pelos de punta. Según les relataron a David y a él cuando fueron a ocuparse de las pertenencias de su cuñado y a colocar una lápida sobre su tumba, los cristianos habían asaltado la judería animados por las arengas de un tal Fernán Martínez, quien predicaba la destrucción de las sinagogas y su conversión en iglesias. Los atacantes entraron por sus calles armados con machetes y palos, mataron a todo aquel que encontraron en el camino ya fuera hombre, mujer o niño, y saquearon casas y comercios. Su cuñado Eleazar murió junto a muchos otros que trataban de defender la sinagoga.

Ruma nunca se repuso del golpe. Pasado el año de luto, sus hermanos la instaron a contraer un nuevo matrimonio con alguno de los pretendientes que la solicitaban, pero nada logró convencerla; regresó a la casa de sus padres y se ocupó de ellos. Tras la boda de David y Sarai, ella siguió encargándose de los quehaceres caseros y ayudó a su nueva hermana, la cual carecía de su salud y energía. Su pequeño sobrino Jonás era para ella el hijo que nunca tendría.

—Voy a decirle a David que estás aquí.

—No lo hagas –le rogó—. Deja que primero se ocupe de su esposa. Tiempo tendremos para hablar...

—No te preocupes –insistió ella—. Todavía va para largo. Su madre y hermana están arriba, y ha de comer algo. No ha probado bocado en todo el día.

Salió de la cocina, y él echó una mirada en derredor y se sintió reconfortado, llevaba ya cuatro años lejos de Vitoria.

—Desde que David y Sarai se casaron... —recordó.

¿Cuál fue la verdadera razón de su marcha? ¿La intención de ampliar sus estudios como inicialmente dijo? Era en parte cierto; había aprendido todo lo que un rabino debía de saber, pero sentía la imperiosa necesidad de continuar estudiando. ¡Había tantas preguntas!

—Las respuestas están en tu corazón —decía su maestro, don Abraham—. No busques en los libros lo que puedes encontrar muy dentro de ti. Pregúntate y tendrás la respuesta que buscas.

No obstante, y a pesar de sus esfuerzos, el ayuno y la oración, no la había encontrado y decidió ir a Toledo. Las cosas habían cambiado en aquella ciudad; ya no era el centro de la sabiduría, la tolerancia y la filosofía de antaño, pero aun así continuaba siendo el lugar al que todo estudioso debía acudir si deseaba ampliar sus conocimientos. La pujanza económica, el refinamiento artístico, la prestigiosa biblioteca con miles de volúmenes y manuscritos griegos, latinos, árabes y hebreos, y muchos otros aspectos de la intelectualidad y de las finanzas seguían presentes en sus calles, y en ellas confluían las mentes más prestigiosas y dotadas de la comunidad judeo-hispánica.

¿O fue tal vez la boda de su hermano con la dulce Sarai lo que le impelió a abandonar el lugar que lo vio nacer? No era secreto de nadie que los dos hermanos Sahadía estaban enamorados de la misma muchacha desde que eran unos mozalbetes. La familia de ella eligió a David, entre otras razones por ser el mayor, si bien el hecho de que fuera médico de méritos incipientes y prometedores y heredero de la casa de sus padres también tuviera algo que ver en la elección.

Suspiró y también lo hizo el niño, dormido al lado del fuego.

—Parece que adivinas mi pensamiento, pequeño Jonás... —sonrió—. La vida da muchas vueltas, y tiempo tendrás para comprobarlo.

Dirigió la mirada hacia la puerta al escuchar pasos bajando la escalera. David entró como una tromba y sin decir nada lo abrazó con tal ímpetu, que a punto estuvieron los dos de rodar por el suelo.

—¡Yehudá! ¡Por fin! —exclamó y volvió a abrazarlo.

—No has cambiado nada, hermano. ¡Sigues teniendo la fuerza de dos mulas de tiro!

David era algo más alto que él y, pese al parecido, tenía marcada en el rostro una determinación que a él mismo le faltaba. De mirada leal, directa, bajo sus espesas cejas brillaban unos ojos oscuros; tenía el cabello largo y ondulado de color castaño, al igual que la barba, y no se le apreciaba una sola cana, y vestido con una larga túnica blanca bordada en hilos dorados que le cubría los pies, a su hermano le vino una imagen a la cabeza: *Igual que Moisés*, pensó admirado.

—¿Por qué no has avisado de tu venida? ¿Por qué nos has tenido tanto tiempo sin noticias tuyas? ¿Ha ocurrido algo en Toledo? ¿Has vuelto para quedarte?

Él reía sin responder ante la avalancha de preguntas, y Ruma sonreía complacida al contemplarlos, tan parecidos y sin embargo tan diferentes.

—¿Cómo está Sarai?

Su hermano entornó los ojos y amagó el golpe ante la pregunta.

—Mal.

—¿Qué ocurre?

—Es estrecha, muy estrecha. Ya tuvo problemas cuando nació Jonás, y su cuerpo debilitado no ha podido reponerse desde entonces... Insistió tanto en darme otro hijo... No debí aceptar. Sabía que había riesgos y no debí aceptar...

Hablaba para sí, reprochándose su debilidad, luego calló los labios prietos para evitar que se le escapara el grito de dolor e impotencia que pugnaba por escapar de su boca.

—Eres el mejor de los físicos, hermano. Si algo puede hacerse, estoy seguro de que lo harás. No te atormentes antes de lo debido.

—Será lo que el Señor decida que sea —interrumpió Ruma dirigiéndose a David—, pero has de comer algo antes de enfrentarte a la tarea. En nada ayuda estar falto de energía, y no has comido desde hace más de un día. ¡Sentaos!

Su tono imperioso hizo sonreír a los dos hombres, que obedecieron y tomaron asiento. Ella les sirvió una espesa sopa de verduras y carne acompañada de pan recién hecho y de una jarra de buen vino. Tras comprobar que daban cuenta de sus respectivas raciones y que lo hacían con ganas, también se sentó dispuesta a tomar parte en la conversación. *Como antes*, pensó. El tiempo había vuelto atrás, y allí estaban los tres, como solían estar al anochecer, disfrutando de sus guisos, comentando los aconteceres de la jornada y las últimas noticias. Como cuando David aún no se había casado... Como cuando Yehudá todavía estaba en casa...

—Vuelvo a preguntarte, hermano, ¿cuáles son tus planes? ¿Has decidido sentar la cabeza? El rabí Eliezer es ya muy viejo y, desgraciadamente, su salud no es buena. Pronto hará falta aquí un nuevo rabino. ¿Por qué no habrías de ser tú? Hay varias jóvenes que estarían encantadas de ser tu esposa. No está bien que andes por esos mundos sin casa ni oficio. No es digno de nuestra familia. Has de saber...

Yehudá sonrió mostrando una dentadura perfecta y bien alineada.

—David, David, ¡para ya! —suplicó en un tono tan cómico que su hermano calló sorprendido, y Ruma rio tapándose la

cara con las dos manos—. No me abrumas con tanta pregunta. ¡Acabo de llegar! Ten caridad con un pobre viajero que ha hecho casi doscientas leguas de viaje para venir a veros. No sé lo que voy a hacer. Tengo proyectos, pero necesito ponerlos en orden. Meditar. He venido a Vitoria con la intención de descansar un poco, de veros a ti, a Ruma, a Sarai, al pequeño Jonás... —y al decir esto miró hacia la cama en donde el niño seguía dormido, ajeno a personas y voces.

—Bien. Me parece bien. Te llevará algunos días quitarte de encima ese aire viajero que traes y volver a ser nuestro Yehudá de siempre. Esta es tu casa, siempre lo ha sido, al igual que de Ruma y mía. Tómate el tiempo que necesites, mas no olvides lo que te he dicho: un buen judío no debe permanecer soltero.

Al decir esto miró directamente a su hermana con aire de reproche, pero ella le mantuvo la mirada sin tan siquiera parpadear. Yehudá los contempló con cariño. *Son iguales los dos. ¡Igual de tozudos!*, se dijo, y se sintió de nuevo en casa.

Los sobresaltó un grito procedente del piso superior.

—¡David! ¡David! —gritó una voz femenina.

El médico se levantó bruscamente y salió de la cocina a toda prisa seguido por la mujer; Yehudá también se levantó, pero permaneció de pie, inmóvil. El pequeño se había despertado y lloraba asustado, y él lo cogió en brazos sin saber muy bien qué hacer con la criatura llorosa y babeante que se agarraba a su cuello. Le vino a la memoria una canción que su madre solía cantarle cuando era pequeño y empezó a mecer al niño mientras recordaba la letra. La noche fue muy larga; dormitó sentado en una silla con el pequeño en sus brazos. De vez en cuando, los gritos y pasos en el piso superior lo sacaban de su sopor, pero el viaje había sido muy largo, y a duras penas lograba mantener los ojos abiertos.

Despertó cuando la luz de la mañana se filtraba por la ventana de la cocina; le llevó unos instantes darse cuenta de dónde se encontraba y sacudió la cabeza para espabilarse. Con sumo cuidado colocó al niño en la cama y lo cubrió con la manta de lana; cogió agua de un cubo, se lavó la cara con energía y luego se secó con un paño limpio. Trató de escuchar algo, pero no se oía el menor ruido, y se aventuró a subir las escaleras creyendo percibir un lamento a medida que ascendía, más nítido al llegar al pasillo del piso superior. En un primer momento se encontró desorientado hasta que recordó que la habitación de su hermano y de su cuñada era la misma que ocupaban sus padres, al fondo del corredor. La puerta se hallaba entornada, y entró sin llamar. Dos mujeres, una mayor, sentada en una silla de brazos, y una joven, de rodillas a sus pies, sollozaban entre hipos y suspiros. Buscó a David y lo vio de pie, junto a la ventana, las manos a la espalda, la mirada perdida, el ceño fruncido; de perfil, con su abundante cabellera y su espesa barba perfilándose a la luz del amanecer, volvía a recordarle con más fuerza si cabía la imagen enojada de Moisés descendiendo de la Montaña Sagrada para encontrar a su pueblo entregado a un ídolo de oro. Ruma se afanaba poniendo orden, limpiando, recogiendo paños y lienzos... luego salió de la habitación con la criatura en sus brazos y lo rozó al pasar; sus ojos se encontraron, un interrogante en los de él, en los de ella, una infinita tristeza. Finalmente, miró hacia el lecho. La enorme cama de madera, que su padre había mandado fabricar al mejor artesano de Vitoria con motivo de su boda, se alzaba majestuosa delante de él ocupando la mayor parte de la habitación. Sobre ella, Sarai parecía dormida, serena, el rostro vuelto hacia la pared. Lavada, vestida con su mejor túnica, peinado su largo cabello dorado, pese a la palidez de su piel, casi transparente, no había cambiado nada

en aquellos cuatro años, y él sintió un agudo pinchazo en el corazón.

Durante todo el día siguiente, la casa se llenó de gentes que venían a ofrecer sus condolencias, familiares, amigos y vecinos. Ruma no paraba de trajinar, ora entre los pucheros, ora ocupándose de Jonás que no entendía nada de lo que ocurría, o vigilando a la gruesa Orocara, la nodriza contratada para dar de mamar al pequeño Yosef, el recién nacido. Yehudá la contemplaba y sabía lo que pasaba por su mente. Había sentido celos de Sarai porque le había arrebatado su puesto en la casa, porque, a su llegada, él mismo se había marchado, y se había roto la intimidad que hasta entonces habían compartido los tres. No obstante, sabía que era mujer de corazón generoso, que no siempre expresaba sus sentimientos más profundos, y estaba convencido de que lamentaba terriblemente la pérdida de su cuñada, de la que había llegado a ser la mejor de las amigas, y de que sufría por el dolor de su hermano David, a quien adoraba.

El rabino Eliezer llegó a media mañana. Los presentes gimieron por la muerte de la joven, así como por ellos mismos que, antes o después, se verían en iguales circunstancias. Al declinar el día, colocaron el cuerpo amortajado sobre unas parihuelas recubiertas con una hermosa pieza de tela bordada y lo cubrieron con otra aún más bella. El cortejo fúnebre salió de la casa acompañado por la mayoría de los hombres y mujeres de la comunidad y se dirigió hacia Judimendi, el cementerio judío, atravesando la Puerta de Navarra.

Durante los siguientes siete días observaron el *shivá*, cubrieron muebles y objetos con paños negros y, sentados sobre unos cajones de madera, recibieron a las visitas y oraron por

el alma de la difunta. David no abrió la boca ni para hablar ni para rezar; no derramó una sola lágrima, y únicamente sus mandíbulas contraídas y la dureza de su mirada atravesando el espacio eran signos, para un observador atento, del inmenso dolor que padecía. Las preces que escuchaba no mitigaban su sufrimiento ni aplacaban la rabia que sentía. Nunca había sido un judío atento a las obligaciones de su religión; seguía los ritos y asistía con cierta asiduidad a la sinagoga, pero cualquier disculpa le era útil para sustraerse a dichas obligaciones. Siempre había sido escéptico en cuanto a los bienes que la religión, cualquier religión, podía aportar a hombres y mujeres; creía más en la bondad o maldad del ser humano por sí mismo, que en las promesas de una vida eterna bienaventurada o maldita, según los casos.

—El hombre necesita creer en la religión —decía Yehudá.

Cuando vivían juntos disfrutaban manteniendo interminables discusiones religiosas al lado del fuego con una buena copa de licor en la mano mientras Ruma tejía a su lado, escuchándolos.

—¿Por qué? —respondía David en el tono irónico que utilizaba en dichas ocasiones.

—Porque ¿qué es el hombre sin Dios?

—No confundas dos conceptos tan diferentes como religión y Dios, hermano.

—Son la misma cosa...

—No. No lo son. Dios está ahí. Siempre lo ha estado, incluso antes de que el hombre existiera. La religión, sin embargo, apareció con el hombre. Es una creación del hombre, no de Dios.

—Es el medio del que se vale el hombre para estar en contacto con Él.

—¿Quién lo dice?

—Las Sagradas Escrituras. En la Torá está escrito que...

—Pero ¿quién escribió las Sagradas Escrituras? Unos hombres.

Siempre la misma pregunta y la misma respuesta.

—Inspirados por Dios —argumentaba Yehudá, desesperado ante la cerrazón de su hermano.

—Eso dicen quienes las escribieron, algo tenían que decir. O ¿es que acaso piensas que alguien los iba a creer así porque sí? Imagínate que yo ahora me pongo a escribir una idea filosófica, exclusivamente mía, y luego digo a voces que ha sido el propio Dios el que me ha inspirado, que es su palabra, su dictamen. ¿Por qué ibas tú a creer que es cierto?

—La fe no necesita explicaciones ni pruebas.

—Es decir —continuaba David cada vez más animado por el vino y la discusión—, que un hombre nacido en medio del desierto o de una selva, que nunca ha escuchado a un rabino ni ha recitado una *sura* o leído un evangelio, está irremediabilmente perdido para toda la eternidad. Dios en su infinita bondad y sabiduría, ¿no permitirá que ese hombre, inocente de su situación, pueda gozar la dicha del Paraíso prometido a los creyentes?

Yehudá callaba entonces, y su hermano lo contemplaba risueño.

No habían vuelto a intercambiar más de dos palabras seguidas desde la noche de su llegada, en la que juntos habían compartido la cena. El más joven deseaba de todo corazón volver a discutir con su hermano, sacarlo del silencio en el que se había recluso, pero sabía que era imposible presionarlo; cuanto más insistiera, mayor sería su incomunicación. Esperó pues pacientemente a que las cosas volvieran a la normalidad y, entre tanto, aprovechó para recorrer las calles que tantos y tan buenos recuerdos le traían de su infancia.